

LOS OLIVOS SUICIDAS

En humo, en polvo, en
sombra, en nada

ERNESTO MEDINA RINCÓN



Con esta gradación descendente remataba don Luis de Góngora un soneto sobre la fugacidad de la vida y nuestra propia existencia mortal.

Han ardido los bosques de Jaén allá por Quesada y Huesa en una reinterpretación macabra y actualizada de los versos gongorinos. No alcanzarán los días que nos restan, dilectos lectores, a contemplar fronda donde hasta poco ha crecían los árboles y ahora solamente resta ceniza, ceniza, ceniza.

El incendio asoló primero los montes. Luego las preguntas. Se ha extendido una nube de humo espeso sobre lo sucedido. Los rumores que se propagaron cuando las llamas eran noticias, no merecen ni un recuerdo. Los responsables de la Junta de Andalucía y los alcaldes de las localidades que sufrieron el desastre lo han aceptado cual una plaga bíblica ante la que no cabe más que resignación.

Convendría, sin embargo, que aclarasen si tiene alguna consistencia la hablilla volandera de que cuando se creyó controlado el incendio, sin estarlo para nuestro mal, se trajeron buena parte de los efectivos para combatir otro fuego en la Sierra de Lújar. También surgieron comentarios sobre el pésimo estado de los carriles, el inadecuado mantenimiento de los cortafuegos o los escasos recursos invertidos en

la conservación del bosque. Tales interrogantes son en este momento payesas que se añaden a la carbonización de los árboles.

Gustaríamos saber si el coste aproximado de los trabajos de extinción se elevó hasta los 120.000 euros por hora, al incluir los medios aéreos, los vehículos autobomba, los bulldozer, los grupos de especialistas y los soldados de la Unidad Militar de Emergencias. De ser ciertos estos datos, que diversas organizaciones poseen desglosados, y considerando un mínimo de diez horas diarias durante la semana que duró el desastre, el coste total de los trabajos de extinción, reitero, exclusivamente de los trabajos de extinción, puede aproximarse a los diez millones de euros.

Un mes después de la catástrofe la Junta de Andalucía ha librado dos millones de euros que se destinarán a los trabajos más urgentes de retirada de los árboles calcinados y a las labores necesarias para la prevención de la erosión. Suma y sigue. No consignamos, porque es imposible calcularlo, cuánto valen los cuarenta años que habrán de transcurrir hasta que el bosque vuelva a ser bosque, además del valor de los recursos forestales y turísticos perdidos en dicho espacio de tiempo.

Siempre será más barata y más eficaz y más sensata, al margen de que contribuye al desarrollo de las

zonas rurales, la prevención, pero no existe ni España ni por ende en Andalucía una idea clara de cuáles son los pasos para preservar la espesura y frenar el avance de la desertización. Asumido el error de la plantación masiva con pino en época franquista, esperamos decisiones consecuentes con la conservación de la floresta. Tengo a la vista mientras escribo este llanto quemado un documento de ASAJA-Jaén en el que se hacen propuestas sobre el aprovechamiento de los montes y la necesidad de regresar a una convivencia sostenible -silvicultura, ganadería, industria maderera- de los moradores con la sierra que los rodea. Tengo la certeza de que existen más estudios. Asumo que en la Universidad de Jaén podrían crearse grupos de investigación que experimentasen con las especies idóneas para la repoblación y la manera de favorecer el crecimiento acelerado de los nuevos plantones. No creo que falten las ideas. Tampoco el dinero necesario para tales proyectos si éste se derrocha tardíamente cuando el paraíso interior es ya una tea.

Nuestra provincia tiene dos grandes recursos económicos, ambos naturales, el olivar y las sierras. A la vista cómo gestionamos y aprovechamos ambos, ¿tengo que aclararles, dilectos lectores, por qué se me suicidan los olivos?